

ENTREVISTAS

Vivir, pensar, mirar, participar. Una trayectoria en la Antropología

Entrevista con Elisa Cragolino, Universidad Nacional de Córdoba

 Victoria Gessaghi *

Elisa Cragolino es Doctora en Antropología. Profesora y Licenciada en Historia. Profesora Adjunta exclusiva en la Cátedra de Sociología de la Escuela de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Es Profesora del Programa de Estudios Socio Antropológicos Agrarios y del Doctorado en Estudios Sociales Agrarios del Centro de Estudios Avanzados de la UNC. Es Investigadora y directora de Proyectos de investigación dentro del CIFYH-UNC.

— **¿Cómo llegaste de la historia a la antropología?
¿Cómo fue ese camino de la historia a la Antropología?**

— Yo en realidad siempre quise estudiar antropología, lo que sucedía es que terminé el secundario en el 75, vino el golpe de estado y una de las alternativas era ir a Rosario o a Buenos Aires, pero finalmente terminé estudiando historia. Atravesé toda la dictadura en historia. En un momento recuerdo haber ido a Buenos Aires a averiguar por la carrera de antropología y al final dije: no me voy a bancar vivir en Buenos Aires. En Córdoba vivía en un departamento que era de mi familia, con mi hermana, yo tenía amigos, decidí quedarme y ver más adelante qué hacía. De hecho mi tesis de licenciatura fue en un tema de antropología: estudié prácticas de curanderos desde Bourdieu. Había un profe que fue el profe de antropología, (con quien después terminamos muy mal), pero fue uno de los pocos profes durante la dictadura con el que aprendí algo. La verdad es que fue durísimo atravesar la carrera en la dictadura. Yo de historia no sé nada. Además, es como un bloqueo que tengo, como si nunca hubiese leído nada de historia. Lo que hacíamos era leer una historia fáctica. Sin embargo hubo materias como Historia de la Cultura o Antropología con un profe que fue el primero en acercar Bourdieu a la facultad. Él venía de Francia y se presentaba como discípulo de Bourdieu. Para lo que era la carrera en ese

momento, antropología fue una materia fundamental. Me pregunto cómo a los milicos, a la intervención de la facultad se les pasó que estuviera Bourdieu incluido en el programa; será que no lo revisaron porque Costa, que así se llama, venía de la Universidad Católica? Después tanto Alicia Gutierrez como yo hicimos la tesis con él y empezamos a laburar en la cátedra de Sociología que él concursó. Luego este profe nos invita a participar de una investigación. Era una investigación sobre estrategias de sobrevivencia familiar en zonas rurales. Este profe nos largó al campo. Alicia siempre le dice a los alumnos que este estudio es un buen ejemplo de una sociología espontánea. Nosotras no habíamos hecho casi trabajo de campo, salvo con la tesis. Trabajábamos con el concepto de marginalidad y lo mezclábamos con Bourdieu...imaginate. Después escribimos un libro –que fue un desastre (risas)- pero bueno, lo escribimos nosotras y con eso fuimos a un congreso en Chile. Ahí éramos las más chiquitas y había unos tipos grosos, antropólogos que venían de la Flacso de Ecuador, chilenos que venían laburando en ONGS, que en la dictadura fueron como espacios de resistencia importantísimos. Nos tuvieron lástima (risas) y nos adoptaron y nos explicaron y nos tiraron bibliografía y yo empecé a leer otras cosas... fue un momento muy importante.

* Doctora en Antropología por la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

— Otro momento que ayuda a entender porqué después me dedico a educación tiene que ver con lo que fue mi primer trabajo, una vez recibida. Cuando se recupera la democracia empiezo a trabajar en el plan nacional de alfabetización, en un equipo de capacitación. Todo eso fue paralelo, terminar la carrera, empezar con Alicia en esa investigación sobre estrategias de sobrevivencia familiar en zonas rurales, y laborar en el plan. Y empiezo a interesarme por la educación. La experiencia del plan fue en plena recuperación democrática, imagínate, creíamos que íbamos a hacer la revolución... había en el ministerio de educación de Córdoba -con el cual el plan Nacional había conveniado- un equipo interdisciplinario bastante interesante. Había un montón de proyectos. Después cambió, pero inicialmente era muy interesante; había por ejemplo un programa que intentaba pensar la educación rural. Se abría todo un mundo y aparecían un montón de nuevos actores que estaban pensando que había que transformar muchas cosas, especialistas en educación, sociólogos, un antropólogo, pedagogos, muchos venían del exilio. Teníamos encuentros con ellos, nos invitaban a encuentros donde se discutía la particularidad de lo rural; hacíamos seminarios de capacitación para alfabetizadores; leíamos cosas sobre educación popular; Freyre, por supuesto, Brandao; Nuñez. Nosotros pensábamos que esta experiencia era una oportunidad para trabajar políticamente. Pensábamos que había que romper con todas las estructuras y los ritos escolares. Sin embargo, la gente los pedía: la bandera, la tarea, querían notas, el boletín de calificaciones. Yo me preguntaba ¿qué pasa? ¿Por qué? ¿No era que teníamos que acabar con la escuela tradicional? Ahí la conozco a Marieta, nos hacemos amigas y empezamos a pensar algunas cosas juntas.

— Se van conjugando todas esas cosas. También una experiencia corta, pero intensa, trabajando en un proyecto de desarrollo rural. Me convocan para trabajar en el norte de Córdoba. Entonces me incorporo a un equipo bien interesante con trabajadores sociales, economistas y agrónomos y empezamos a trabajar en el campo y eso para mí fue muy formativo. Me empiezo a interesar por la educación rural. Yo vengo del campo, de un pueblo muy chico de la pampa gringa y entonces se cruzan las cosas...el interés por la antropología, las lecturas sobre ruralidad y campesinos que había empezado a hacer, el trabajo en el plan de alfabetización... Me empiezo a preguntar por qué la gente hace tanto esfuerzo para alfabetizarse. ¿Por qué valora la escuela? ¿Por qué participaban más las mujeres en las actividades educativas?... Decido presentarme a una beca del Conicet. Para entonces ya me había acercado a una profe de Ciencias de la Educación que se llamaba Lucía Garay. Era socióloga pero era quien

batallaba junto a las pedagogas en ese momento por introducir otras miradas. Era muy formada, había hecho una maestría en Inglaterra, sabía de psicoanálisis. Sale la beca de Conicet y paralelamente, con Alicia ganamos el concurso de JTP (jefas de trabajos prácticos) en sociología. Cuando hago el diseño para la beca empiezo a pensar en trabajar en estrategias pero en educación: educación como estrategia y ahí como que se unen distintas cosas, como que converge mi trayectoria. Y descubrí que eso era lo que quería hacer. Mi plan de beca tenía todavía un sesgo muy funcionalista, a pesar de que decía que trabajaba con Bourdieu...Trabajábamos con Alicia, leíamos cosas, e íbamos creciendo. Eso en paralelo con el nacimiento de mi hija. Yo quedo embarazada en el momento que tengo la beca y empecé a ir a campo, a la Dormida, con Santiago, mi hijo mayor. Yo llegaba a la escuela con Santiago. Trabajaba sobre todo con mujeres que iban con sus hijos. Él tenía dos años y se sumaba, se subía al caballo. Fue una experiencia... Después ya nació Clara y ya no podía ir con los dos. Y la Clara no se quedaba quieta... (risas). Tener chicos pequeños condicionaba la manera de estar en el campo. A veces me quedaba a dormir allá, pero eso era raro. Me iba muy, muy temprano y llegaba tarde a la noche a mi casa. Yo siempre le cuento a mis alumnos lo que fueron las primeras entrevistas...tenían como 100 preguntas (risas). Yo participaba con las mujeres en un curso de corte y confección y después iba a las casas y yo estaba angustiada porque tenía que hacer ese cuestionario y me tenía que volver a dormir a casa. Llegaba al pueblo siempre apurada, aferrada a la cartera, los sometía las primeras veces a una tortura...hasta que pasó el tiempo y me fui dando cuenta...

— Yo siempre cuento estas anécdotas porque uno llega al campo con una gestualidad urbana, con tiempos urbanos, con otros ritmos...deberían pensar que era una loca. Además me preocupaba ser vista como alguien del sistema educativo que iba a interrogarlos. Me habían dicho que me iban a ver como un representante del gobierno, que si decía que era profesora me iban a pedir cosas...entonces me presentaba como investigadora. La gente no entendía qué era ser investigadora, creían, que sé yo, que era un inspector, alguien que iba a fiscalizar. Iba y me decían "ah profesora!" Hasta que entendí que sí, era profesora. Yo creía que si me identificaban como profesora eso iba a sesgar la respuesta...después fui aprendiendo que el otro siempre construye imágenes de uno, y me relajé, y largué el cuestionario, y empecé a observar. Salía a caminar con ellos, a hacer las compras y me pedían que los acompañara a la escuela y antes les decía que no y ahora que sí. Y empecé a ayudar con la tarea cuando me pedían y me empecé a dejar llevar

ENTREVISTAS

por la situación porque eso hablaba de un montón de cosas. Eso también era muy importante. El fluir del campo. Eso hablaba de qué significaba para ellos que una profesora quisiese hablar con ellos... y el estar ahí antropológico. Yo llegaba y había en las paredes un certificado del curso de apicultura y eso abría a explorar muchas cosas (...)

— ¿Qué aporta tu mirada de historiadora a tu modo de hacer y vivir la antropología?

— Cuando quiero ser antropóloga quiero olvidarme de la historia. Por todo lo que había significado esa época, la dictadura, lo que había tenido que leer, toda esa historia fáctica. Yo me perdí lo mejor de la historia. Sin embargo me incorporo desde una manera de pensar los problemas sociales hasta cómo trabajar con un documento. Así que pese a que yo intenté hacer esa ruptura, luego de que presenté mi primera beca a Conicet que era sobre estrategias de sobrevivencia desde una mirada sincrónica, me di cuenta que no podía hacerlo si no era historizando, trazando la trayectoria, reconstruyendo el proceso de descampesinización. Y había poco escrito sobre la zona; mejor dicho, nada. Sólo encontré un pequeño libro con anécdotas de La Dormida...y yo tenía que saber de dónde venían esas familias. Ahí se sumaron lecturas sobre campesinado, toda la lectura marxista... Hugo Trincheró vino a dar un curso a Córdoba y bueno, así voy avanzando. Empiezo a trabajar con censos poblacionales y agropecuarios para reconstruir esos procesos. Entonces aunque me negué como historiadora durante mucho tiempo, finalmente pude recuperar una manera de mirar la vida social. En realidad no puedo pensar un problema social si no es en clave histórica.

— ¿En qué proyectos estás trabajando en la actualidad?

— Estoy como directora de un equipo bastante grande. Desde hace algunos años trabajamos con el Movimiento campesino de Córdoba y sus proyectos educativos. Me interesa seguir estudiando a las familias campesinas, sus prácticas educativas y que sucede cuando se organizan. Cómo y por qué surgen las escuelas campesinas y las tensiones que las atraviesan. Pensamos la educación y la política pública con ese concepto de Elena Achilli, y nos preguntamos cómo desde estos otros lugares se construye política pública. Y ahora estamos empezando a estudiar sobre otros agentes del campo educativo que no aparecen como parte de él. Por ejemplo, la Federación Agraria, Monsanto, las fundaciones de empresas que desarrollan proyectos a través de escuelas rurales; las prácticas de donación y lo que se construye a través de ellas. Hace bastante tiempo vengo pensando que desde una perspectiva relacional no podemos limitarnos a trabajar con los maestros y

familias campesinas y tenemos que ocuparnos de los dominantes, diría Bourdieu, los hegemónicos... Me interesaría tomar un territorio y ver cómo aparecen distintos actores, disputando por la educación. Ahora hay gente del equipo que está trabajando sobre estos temas. También en los últimos años he trabajado sobre cultura escrita recuperando documentos de campo. La participación en la cultura escrita por parte de las familias, la manera en que se incorporan a sus estrategias de reproducción y qué sucede a medida que se producen transformaciones estructurales

— En mis condiciones actuales, es difícil encontrar el tiempo para hacer campo. La última vez fue en septiembre del año pasado. Estuve casi una semana con los compañeros del Movimiento Campesino, con una de las familias, en la escuela. Este año, hace unas semanas, estuvimos en Villa Dolores trabajando con formadores de maestros, estudiantes de magisterio y técnicos del movimiento campesino. Es un proyecto de extensión, pero también lo considero oportunidad para hacer campo.

— Lo cierto es que estoy atravesada por montones de tareas: fui parte del consejo directivo de la facultad durante dos periodos; parte del Comité del doctorado en Educación y sigo siendo parte del Comité del doctorado en Estudios Sociales Agrarios. Las demandas de evaluación de proyectos, de tesis, de artículos, son constantes. Tenemos cuatrocientos cincuenta alumnos en la cátedra, mil cosas que atentan contra el tiempo para ir a campo. Por ejemplo, hace unos dos o tres años estuve haciendo entrevistas a un maestro chacarero pensando en lo que planteaba antes, que es importante estudiar a distintos actores... Él era un maestro de una familia de propietarios medianos, capitalizados con una trayectoria política particular, había participado de la revolución libertadora, había llegado a ser inspector de escuelas rurales...era un personaje fascinante y él se presentaba como “maestro chacarero”. Tuvimos algunos encuentros y después no pude sostenerlo. El se mudó, se fue a vivir fuera de Córdoba. Entonces como que tengo eso pendiente, tendría que suspender todo lo que tengo que hacer como hice el año pasado en septiembre que me fui a la escuela campesina de la Cortadera. Pero para mí es muy difícil hacerlo...

— Tengo muchos tesisistas y ese laburo lleva tiempo pero me encanta, lo disfruto de verdad. Y en el equipo estamos trabajando creo que bien. Sostenemos reuniones, leemos y discutimos...bueno y así estamos, el equipo está grande, está consolidado, somos muchos...está potente. Trabajamos distintos temas pero yo tengo muy en claro que no nos une ni el espacio, ni simplemente la amistad sino una perspectiva,

una manera de mirar el espacio social rural, siempre vinculando los procesos educativos con los estructurales y políticos y eso nos permite converger.

— **La formación de recursos humanos ocupa bastante tiempo de tu trabajo, siempre estás rodeada de jóvenes a los que nos estas formando. ¿Es deliberado?**

— No puedo entender la docencia si no es ligada a la formación de recursos humanos, a la investigación y a la extensión. Para mí son fundamentales. Me interesa mucho formar a la gente no solo en la investigación si no en la extensión. De hecho, desde 2009 tenemos la pata del voluntariado. Primero porque somos parte de la universidad pública y los conocimientos tienen que tener una proyección en un construir con el otro; aunque no somos los militantes que necesita el movimiento campesino, ahí estamos; en mi caso, como profesora que aporta desde sus conocimientos. Y me preocupa mucho y creo que es importante que los estudiantes se asuman como estudiantes de la universidad pública y que aprendan en el campo, sobre todo para los que van a hacer antropología. Entonces le dedico mucho tiempo a eso y con Marieta entendemos que hay que hacer un camino y hemos hecho un camino en trabajar así.

— **Mencionás reiteradamente el trabajo con los pares... con los que uno va haciendo camino, los pares significativos... la nombrás a Alicia, a Marieta...**

— Si, y en mi historia fue fundamental el encuentro con María Rosa (Neufeld). Yo tenía en esa época, en el 95, una directora que era muy buena, pero en ese momento era diputada, o sea tenía poco tiempo. Y el encuentro con María Rosa fue maravilloso, lo digo siempre, se lo digo a ella y a ustedes. Aprendí de ella una manera de ser académico. Es sumamente generosa, su compromiso con la tarea docente y de investigadora de la universidad pública, eso lo aprendí con ella. Ese camino del doctorado lo hicimos también con Alicia Gutiérrez. Yo quería hacer el doctorado en antropología y Alicia en sociología. Decidimos no hacerlo en Córdoba. La alternativa acá era hacerlo en Historia. A mi me llegó el artículo de María Rosa sobre estrategias de supervivencia en las islas del Delta, y dije, yo me tengo que encontrar con esta mujer. Alguien me pasó su teléfono. La llamé, quedamos en que nos encontrábamos en el cuarto piso de Púan. Entonces llego, y como soy yo, la habré abrumado... (risas). Le dije que quería hacer el doctorado, y ella se ofreció a ser mi consejera de estudios. Entonces me llevó a la casa y me dijo acá está la biblioteca, creo que tenés que leer esto, a Rockwell y a este, este, y este otro... La cuestión es que me volví de Buenos Aires con un montón de fotocopias de la biblioteca de María Rosa. En paralelo, con Marieta trabajábamos con un equipo de adultos que coordinaba María Saleme desde acá

y con Teresita Sirvent en Buenos Aires. Después eso no siguió. En el 2003, nos invitan a ir a México a hacer una instancia en el DIE y en el avión armamos un proyecto que se llamó "Despegue al futuro". Entonces, en el 2004, nos presentamos a una convocatoria con un proyecto donde empezamos a trabajar sobre políticas y prácticas de alfabetización (desde la perspectiva de los nuevos estudios de literacidad-cultura escrita) y pensando las convergencias entre educación de adultos y educación rural...Entonces sí, el encuentro con otros colegas para mí es fundamental. Con Laura Santillán, con Ana Padawer, son espacios de crecimiento y disfrute y por supuesto con las maestras nuestras, con Elsie, Elena y María Rosa. Y esto de la Red (la RIAE) tiene una potencia que es impresionante. Desde el momento en que codirigimos juntos, nos presentamos a proyectos juntos...

— **¿Cómo ves el campo de la antropología y educación en Córdoba y qué agenda ves como pendiente?**

— Me parece que hay mucho por hacer. Mirando hacia atrás creo que la Maestría en Investigación Educativa del Centro de Estudios Avanzados, fue fundamental para formar a mucha gente; de hecho de ahí salen Guadalupe Molina, Silvia Servetto, Mónica Maldonado, Miriam Abate Daga. Y el crecimiento de las perspectivas antropológicas en educación es resultado de este espacio y del trabajo de Cacho Ortega, que fue quien lo pensó. Y luego el Postítulo en investigación educativa del que participaron como docentes nuestras maestras y como tutoras muchas colegas de los espacios que hoy forman los nodos de la RIAE: las compañeras de Rosario, Mariana Nemcovsky, Gabriela Bernardi; de la UBA Liliana Sinisi, Paula Montesinos, Sara Palma y otra gente de Córdoba...ellas fueron parte de una especialización que formó a mucha gente de los institutos de formación docente de todo el país.

— En los últimos años ha habido un crecimiento importante; muchos de los investigadores jóvenes terminaron maestrías y doctorados. Pese a esto creo que no hay todavía en Córdoba un reconocimiento de la importancia, de la relevancia y de la calidad de la investigación que se viene realizando. Es también un espacio a construir al interior de la carrera de Antropología. Una carrera nueva, que se creó hace 5 o 6 años y tiene solo tres egresados, y donde hay muchas posibilidades; mucho por hacer. No hay un seminario sobre Antropología y Educación, hay que pensar en eso. Todo el tiempo se acercan alumnos a quienes les interesa formarse y se entusiasman con la posibilidad de integrarse a equipos de investigación y extensión